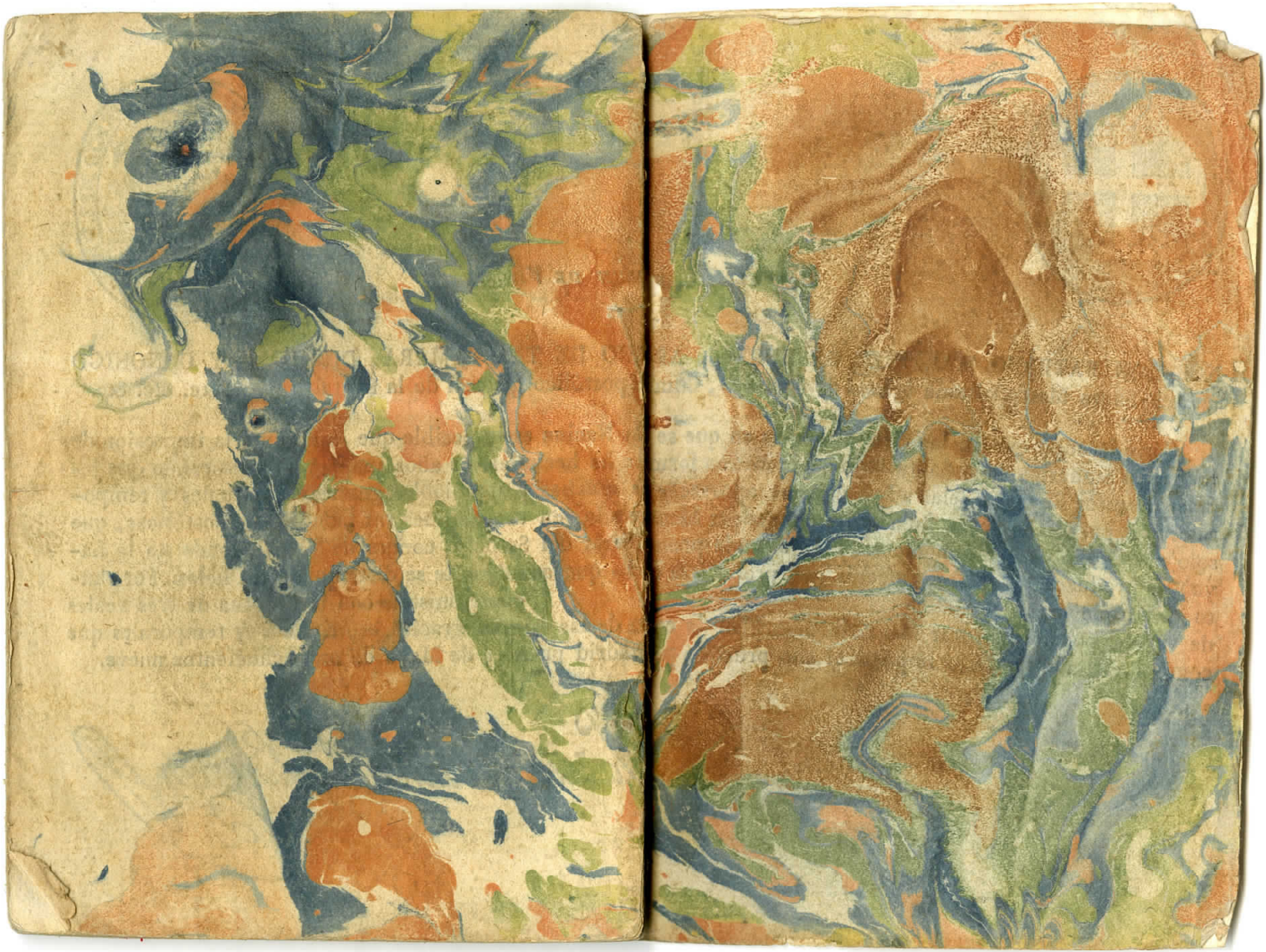

A

POR EL SU

NOS DON PATRICIO MARTINEZ DE BUSTOS,
de la Santa Metropolitana Iglesia de Santiago, C

Considerando que en las circunstancias en que
todos los Sumarios de la Santa Bula en la misma fo
fieles de estos Reynos é Islas adyacentes se aprovec
rales que por dicha Santa Bula se les conceden; he
solo por el año de mil ochocientos diez sirva la pre
ya), y produzca los mismos efectos que produciria
to, y porque vos
de vellon, podeis disfrutar con toda seguridad de c
comprehendia el Sumario impreso el año próximo p

LA BATALLA
DE LOS ARAPILES
ó
DERROTA DE MARMONT.

DRAMA EN UN ACTO

POR D. F. G. G.

Representado en el teatro del Príncipe el dia 23 de julio de 1813, y la primera composicion teatral hecha en Madrid en loor del célebre feld Mariscal WELLINGTON.

MADRID
IMPRENTA DE ÁLVAREZ
1813.

862.5
9736

AL MUY NOBLE

LORD WELLINGTON,

GENERALÍSIMO DE LOS EXÉRCITOS ALIADOS DEL MEDIO DIA DE LA EUROPA.

SEÑOR.

Los aplausos y la suerte que el público se ha dignado imponer á mi drama, no son tan lisonjeros á mi corazon como el placer encantador de poder ofrecerle al mas augusto, al mas valiente y al mas sabio de los hombres. V. E. triunfador sobre Massena, Marmont y el orgulloso Soult, libertador de la oprimida España, y aun de Europa entera, creo no distinguirá el debil brillo de mis versos, con los que me he atrevido á formar un rayo de los innumera-

91381

bles y resplandecientes que ornan la gloriosa persona de V. E. Empero, señor, mi ambicion será llena si entre los nobles trabajos que os circundan hago un instante respirar á V. E. de su enorme peso, fixando su atencion en esta obrita, ¡Feliz yo! si el atrevimiento de colocar vuestro respetable nombre al frente de ella me engendra la dicha de jurar á la faz del universo la gratitud, la veneracion, el fuego y entusiasmo con que soy

Señor

de V. E. su muy humilde, muy obediente servidor Q. S. P. B.

Francisco Garnier Gonzalez.

ACTORES.

MARMONT, General en gefe.....	El Sr. Fabiani.
BONNET.....	El Sr. Tomas Lopez.
VAUVAN.....	El Sr. Justo Mas.
LILLÍ.....	El Sr. Rubio.
LORD WELLINGTON....	El Sr. Mayquez.
D. JULIAN SANCHEZ....	El Sr. Antonio Ponce.
Un Oficial francés.....	El Sr. Pacheco.
Un Granadero español.	El Sr. Lopez.
Tres Granaderos franceses.	

Tropa francesa y combinada.

ACTO ÚNICO.

ESCENA I.

MARMONT Y BONNET.

El teatro ofrece un salon de un castillo antiguo (cercano al campo de los Arapiles) y adornado al gusto gótico, que sirve de alojamiento al general Marmont.

MARMONT.

Sí, disipa, Bonnet, esos temores
que tu ínclito renombre tanto ultrajan,
y espera solo un dia que al contrario
para humillar, para vencer me falta.
Contempla la hermosisma perspectiva
que en semejante triunfo nos aguarda,
pues arrollar al que arrolló á Massena
escede á cuantas glorias nos decantan.

BONNET.

Sí, solo un dia, límite tan corto,
mas breve espacio aun tu afan alhaga,
sin calcular la grande diferencia
que hay de guerreros á insurgentes masas;
la intriga y el soborno impracticables
bases de la política de Francia.
En vano hora podran los corazones
de los ilusos apoyar la causa,
pues del gefe británico orgulloso,
alimentando ya sus esperanzas,
juzgan que en las llanuras salmantinas
pondrase fin á la pujanza gala.
Si mi consejo, mi dictamen pides
es retirarnos á mayor distancia,
y allí esperar las tropas reunidas
que el monarca José de Madrid saca.

MARMONT.

Y entonce el lauro ¿do estará? ¿Qué fuera
de Marmont y Bonnet? Presto la fama
llevaría á París del Rey el nombre;
el Rey de boca en boca resonára.
Nosotros instrumento solamente

fuéramos de una gloria que él no alcanza,
y objetos solo de inferior aprecio
nos fuera dado hermosear la planta
de ese mismo laurel para en las sienes
del que jamas le cultivó admirarla.
Bonnet, yo solo basto, os lo repito;
hoy va á cubrirme sempiterna fama,
y por la última vez, mis bravas tropas
van á hacer polvo la íbera esperanza.
El tímido se esconda, hunda al olvido
cuanto brillo adquirió en otras campañas,
mi gloria hará mas grande y mas completa
lo imposible y difícil de ganarla.

BONNET.

El indomable astur que en otros dias
los torrentes de alarbes rechazára
cuando en el septentrion fixó Pelayo
el trono de los godos que espirára
en los béticos campos con Rodrigo,
el astur que el primero en las Españas
fué á levantar el insurgente grito,
vióme batirle en riscos y montañas:
Gijon, Oviedo y Avilés conocen

quién es Bonnet, su division bizarra,
y cuyos individuos en el pecho
llevan todos del mérito la placa.
Sesenta choques y catorce asaltos
han sido sus ensayos en España;
empero á fuer de haber encanecido
baxo el casco marcial, á esta batalla,
que es, segun dices, la mayor de todas
te acompaño, Marmont, con repugnancia.
Si el francés á su ardor, grande y guerrero,
uniese la paciencia que alcanzára
por el romano venturosas lides,
ya no existiera la soberbia España.
Lee, lee la historia, y dolorosamente
observarás escrito en cada llana
de precipitacion efectos tristes
para nuestra nacion: mira en Italia
los campos de Pavía aun empapados
en la sangre francesa, y mas repara
en Gravelina y san Quintin las lises
por Felipe segundo avasalladas.
Tambien....

MARMONT.

Caro Bonnet, vano persuades

á quien siempre ha tenido por infamia
lo que una vez votó mudar imbécil.
Y aunque mas tropas ofreciere armadas
el soberbio breton que espigas tienen
las feraces campiñas sicilianas,
y mas que arenas que el Garona cria
hoy Marmont el combate no evitára.

BONNET.

Pues que resuelto á combatir te veo,
y estéril la prudencia aquí se halla,
el deber de amistad tambien me escita
á tu suerte seguir leda ó contraria.
Hechura tuya soy, pompa y fortuna
son por solo tu influxo ambas formadas,
y con placer confieso en el olvido
yo sin tu proteccion ora vagára.
Dispon las haces, y á lidiar marchemos:
enmedio de las tropas combinadas
me veras penetrar, y Hector segundo
morder la arena, ó adquirir la palma
con ella ornando de la gloria el templo.

MARMONT.

Al tierno amigo que escogí en mi infancia,
ora sí, ora Bonnet, que reconozco
al que siguió mis huellas en Italia,
en Nápoles, la Prusia ó en el clima
do erigió las pirámides alzadas
Sesostris.

BONNET.

¡O! jamas el francés clima
otra vez Bonaparte disfrutára
si las nubes de fieros mamelucos
yo con mis coraceros no alejára.
Yo y Beliar en el famoso Cayro
sobre sus torres y murallas altas
hicimos ondear de tres colores
la bandera inmortal republicana,
y uno de los valientes oficiales
fuí yo tambien que atravesé la escuadra
que Nelson estendia del egeo
hasta el fin de las costas egipcianas.

MARMONT.

Y un oficial intrépido, animoso,
lidiador en legiones tan lejanas

que vió á Marengo y Austerliz ¿vacila
en vencer unas tropas mercenarias?
Que al aire no desrollan sus pendones
por el cariño de su dulce patria,
y sí por defender un suelo estraño
que aun no hace un lustro Cádiz asombrada
le vió lanzar en Trafalgar encono,
furor y horrores de la guerra infanda
contra esos mismos que apellida ahora
tutelares ilustres de la España.
La capital del mundo magestuosa,
la gran París con impaciencia aguarda
batallones de isleños aherrojados,
llevar en triunfo por sus anchas plazas.
Tambien Napoleon ardiente anhela
regenerar una nacion que ajada
con las supersticiones religiosas,
siempre en el fango del error luchaba,
la antorcha de las ciencias apagando,
por ignorantes frayles gobernada.
Roma ni Atenas á tan alto grado
de corrupcion Bonnet, jamás llegáran,
cuando los hijos de Ilpizberg llenaron
de asolacion y espanto sus campañas.

BONNET.

Ella con sus abusos, despotismo,
ingratitud, injurias é ignorancia,
gemia tranquila y en Fernando el jóven
un redentor benéfico esperaba
que del torpe Godoy y sus hechuras
al afligido pueblo libertára.
Si el gobierno era débil é indolente,
esta indolencia producia ventajas:
del Potosí las minas ¿no eran nuestras
sin tener el afan de trabajarlas?
Al simple Cárlos conservando un trono
de un dominio precario la ventaja,
gozábamos un lucro verdadero,
é inagotable manantial de plata.
Napoleon erró, Baylen le impuso,
y Zaragoza la viudez sembraba.
Moncey, Dupont, Besieres y Lefrevre
á tu pesar esparcen, y derraman
rios de sangre: caen y nombre y gloria
obscurecen, eclipsan y anonadan.
Una nacion que jura defenderse
es invencible, y la famosa patria
del gran Gonzalo y Alarcon no puede

impunemente sucumbir bastarda.

MARMONT.

¿Y allá en Bayona la nobleza toda
no firmó la renuncia voluntaria
que en nuestro emperador Fernando hizo?

BONNET.

¡Ridícula objecion! ¿Acaso manda
un Rey en sus vasallos, cual un rico
amo de tristes negros en la Habana,
que los vende, los trueca ó los transporta
de una á otra granjería mas lejana?
Depositario solo de las leyes
su voz es nula, y el mayor monarca
debe volver á entrar si el pueblo quiere
en la clase sencilla é ignorada
de ciudadano. Y ni el venir de abuelos
que ciñeron la púrpura sagrada
le autoriza al imperio, fué un convenio
este de la nacion que voluntaria
para alejar la bárbara anarquía
sancionó de su código en las tablas.
En fin la guerra actual es injustísima,

y á nuestros intereses muy contraria:
verás cuál reproduce los recursos
fecunda en héroes la oprimida España.

MARMONT.

Monarquía, república han tenido
épocas de señoras ó de esclavas,
el decreto inmutable de la suerte
que Iberia arrastre la cadena falla;
y la cuna de Cides y Gonzalos
por Marmont y Bonnet hoy sea hollada.
El español indócil, temerario,
que ve una diestra poderosa armada,
que ve un conquistador fiero, engruesado
con los destrozos de naciones tantas,
y que al yugo prefiere los sepulcros,
justo es reciba semejantes plagas.
La solidez del nuevo imperial trono,
su futuro reposo, ambos clamaban
y exigian hiciese Bonaparte
estas grandes políticas mudanzas:
en semejante tempestuosa crisis
la justicia y razon son voces vagas,
de quienes rie el invasor cifrando

su derecho en la fuerza y en la maña.
Al cálculo què ellas han formado
todo debe ceder.

BONNET.

¿Y edades cuántas
de próspero gozar numeran esos
repentinos imperios que levantan
el crímen y el horror? Menos que un surco
que el remo forma en las cerúleas aguas
son y fueron á un tiempo, el venidero
ve humeante aun la sangre, ve las llamas
de magníficas villas y ciudades
al pillage y horrores entregadas:
registra aquellos sitios en la historia
delineados con hiel, furor y rabia.
La aurora maldiciendo que al tirano
brilló en su nacimiento tan infausta.
O, Marmont, tiende ácia esos mariscales,
tiende solo unas simples ojeadas,
y los verás manchados con delitos
que hacen estremecer la especie humana.
El robo, la rapiña y violencias
les preceden, le siguen y acompañan,
y un dia llegará que nos reputen

iguales á los tigres de la Hircania.
El viajante francés será obligado
hasta negar su verdadera patria.
Este no es modo de vencer: Iberia
convertida en cenizas blanqueadas
sobre esqueletos de sus propios hijos.
Valencia hermosa y la eliseal Granada,
transformándose en yermos solitarios
¿presentarán el homenage ufanas
al lascivo José? *Suena un clarin.*

MARMONT.

¿Mas qué accidente
produce esta señal en la avanzada?

BONNET.

Lilli y Vauvan apresurados vienen,
y nos dirán la verdadera causa.

ESCENA II.

MARMONT, BONNET, LILLI Y VAUVAN.

LILLI.

Señor un escuadron de cien caballos

con un gefe español, á la avanzada
llegó que viene del ingles Wellington
para esponer asuntos de importancia.

MARMONT.

¡Miserable! Quizá querrá eludirse
del yugo que le espera en la batalla;
mas ya he jurado por el nombre augusto
del gran Napoleon hoy mismo darla,
y no la evitará: lazos son estos
de la sutil política britana,
con los que varias veces ha triunfado
de aquellos que temió en campal batalla.
Pero yo en la política iniciado
del genio del saber, solo me basta
girar la vista y penetrar al punto
cuanto otro astuto calcular ensaya.
Di, Lilli, á ese enviado que se acerque;
haz se formen mis tropas en dos alas,
y la pompa y el fausto derramando
pasmen al conductor de la embaxada.
Bonnet, y tu Vauvan, quedar conmigo
que intento recibirle en esta sala,
haciendo en ello, amigos, un esfuerzo

vencedor de mi cólera exâltada.

VAUVAN.

Aun cuando este emisario en su venida
de espiar nuestro campo objeto traiga,
la seduccion corromperá su anhelo,
y hará se hiera con sus propias armas:
nada es mas ordinario, brille el oro
ante sus ojos y promesas altas
de dignidades, honras y opulencia,
con sacro juramento afianzadas:
el juramento que para ellos vale,
siendo para el francés cláusula vana.
Al fin es español, como otros muchos
de su pais nos venderá su patria;
nada se arriesga, y bien que diferencie
de los que he referido su constancia,
util no es aun; muera y quitemos
al bárbaro contrario esta ventaja,
que un hombre fiel en semejante crisis
es para el enemigo una muralla,

MARMONT.

Digno es, Vauvan, de tí, de mí el consejo,

y si á tu persuasion indócil clama,
si al grande Emperador no adora humilde
del veneno ó puñal víctima yazca:
tú despues....

BONNET.

El se acerca.

VAUVAN.

Y del hispano
retratado en su rostro la arrogancia.

ESCENA III.

DON JULIAN SANCHEZ, *los demas de la escena anterior, dos oficiales españoles que acompañan á Don Julian y guardias francesas: Marmont sentado, debiendo haber un sitial para el embaxador tambien.*

SANCHEZ.

El ilustre Wellington, el guerrero
mas grande que la historia celebrada
de romanos y griegos nos ofrece,
el vencedor ha poco en Lusitania

de ese Massena que llenó la Europa
de admiracion con una serie larga
de cuarenta victorias, por mi labio
hoy te saluda, General, y te habla.
Enemigo de sangre y esterminio,
amigo eterno de la especie humana,
el brazo tiende auxiliador do quiera
que lo permiten justas circunstancias.
Las presentes lo son, y en el momento
su generosidad hacerlo trata.
La hueste que el hermano de tu dueño
sacó desde Madrid precipitada,
rota, batida y en reliquias tristes
el Somosierra nevador repasa.
Mancha, Murcia, Aragon y Andalucía
tremolan las banderas combinadas,
y en gruesas divisiones se aproximan
las tropas que estuvieron empleadas
en aquellas provincias furibundas.
Belona atiza la sangrienta llama;
de Vizancio á Moscou, el sueco y dano
guerra tambien declaran á la Francia.
Tú, empero, sabio observador, el golpe
evitarás fatal que te amenaza,

y la idea ridícula lanzando
de fixar un destino que se cambia
exênto de mancilla el patrocinio
encontrarás feliz en nuestra España.
Dime, responde.

MARMONT.

Tu arrogante estilo
en vez de conmoverme á la venganza
escita mi piedad, siento el estado
cual un amigo de otro que os aguarda.
Esas rápidas glorias conseguidas
en lo interior del reyno, esa jactada
liga que Rusia, Suecia y la Turquía
forman y engruesan con la debil Dania
al desplegar mi Emperador su enseña
serán completamente disipadas;
tal será el bello término que espera
Europa toda conseguir de Francia,
aun quando sea verdad (yo no lo creo)
que norte y medio dia unidos vayan.
Veinte años de derrotas, bien pudieran
haber hecho á la Rusia muy mas cauta,
y á su monarca debil enseñarle

á ahorrar la sangre de sus hijos cara.
Mas pues un velo de prestigio oculta
á las autoridades soberanas,
conocer su interés y utilidades,
perezca toda frente coronada,
y el gran Napoleon, Rey de la Europa,
séalo tambien del África y del Asia;
y el universo entero prosternado,
cual Dios le invoque en las antiguas aras.

SANCHEZ.

Un siglo y otro, y mil no son bastantes
á haber desengañado esa esperanza:
quizás hoy el destino rigoroso
falló ya vuestro fin: la hermosa calma
de humillar y vencer trocose en negra
tempestad horrorosa, que irritada
con espantoso y cruxidor estruendo
bate el orgullo colosal de Francia,
el blason que ostentaba y señorío
pasar haciendo á la nacion contraria.

MARMONT.

Tal vez los pasaria si encontrase

con femeniles y cobardes almas,
con débiles guerreros, si este nombre
puede cuadrar á semejantes razas
que abatieron sus cruces y leones
en Uclés, Medellin, Valencia, Ocaña.
Mas impotente su rigor emplea
con esforzados héroes que le mandan,
que me ordenan alzar un monumento
de vuestro oprobio y rendicion mañana.
Sí, mañana será, parte á tus reales,
y dí á tu general que desplegadas
las invencibles águilas francesas,
y sedientas de sangre combinada
le van á devorar: que humilde el Tormes,
será otro Guadalete para España.
Yo á ordenar mis lucidos batallones
parto sin dilacion; la hermosa llama
del valor militar voy á infundirles
el bélico furor, premio y ventajas
de un inmenso botin que la caida
de tres ricas naciones les prepara.

ESCENA IV.

D. JULIAN SANCHEZ *y el edecan* LILLI *y* VAUVAN.

SANCHEZ.

Y eterno deshonor, baldon eterno
les preparan tambien estas comarcas,
y antes que al orbe el plácido sosiego
segunda vez estienda la callada
noche, vuestras legiones orgullosas,
fuimos, dirán, con voz debilitada.
Y Marmont prisionero, aherrojado,
víctima de soberbia y de jactancia,
conocerá, aunque tarde, lo que puede
con buenos gefes la valiente España.
Edecan guíame pronto.

LILLI.

Teneos:
no podeis separaros de estos sitios.

SANCHEZ.

Cómo! Qué ¿ignoras el derecho santo,
la inmunidad y fuero de mi oficio?

embaxador y general....

VAUVAN.

Tan solo
callar y obedecer me es permitido.
De semejante accion, te lo confieso,
el ultrage conozco y el delito.
La fuerza es ley, y todo te condena
á la penetracion del gefe mio. *Vase.*

SANCHEZ.

A la penetracion! O, seductores,
ahora conozco todo el atavío
de una negra política horrorosa,
sin par en los anales de los siglos.
Querido hubiérais que á mi dulce patria
vil y traidor vendiese fementido,
cual Negrete y Godoy que á mis hermanos
con el mismo puñal, el brazo mismo
que guardarlos debiera asesinára
que á los que en mí confian sus destinos,
sus bienes, honras, religion y fama
entregará á la argolla, al despotismo
de un tirano cruel que tras sí arrastra

otros tiranos que como á él maldigo,
que la Europa y el mundo reconocen,
cual furias evocadas del abismo
para sembrar la muerte y el destrozo
de la ciudad hasta el oculto asilo,
donde habite un humano, un solo humano
objeto es de su rabia y homicidio.
Mas ya se acerca el suspirado instante
que clamen libertad los oprimidos:
ya miro las naciones reunidas
ceñir el lauro al inmortal Wellington,
y Wellington, gritar el Tajo undoso,
y el Narva helado responder Wellington.
O gozo divinal!

LILLI.

Mas si al contrario,
ese guerrero inglés queda vencido
que tú elogias y encumbras: ¿imagina
la suerte miserable, el fin esquivo
que te guarda, tu indómita fiereza?
Y qué lanzar podrias, no ofendido
el decoro y honor, sólida prenda,
de todos tus discursos norte fixo?

Si allá eres general, tambien serías
entre franceses general, querido
de Marmont, y aun del genio omnipotente,
árbitro de la Europa, tierno hijo
que arrulló la victoria entre la cuna,
qual al tébano atleta inmenso brillo;
grandeza y magestad te circundáran
sinceramente acuso tus prestigios,
y el cuitado penar que te acongoja,
tambien, gefe español, siento y lastimo.

SANCHEZ.

Pruébalo en una accion que divulgada
fasto hará en las virtudes de los siglos:
vindicará á la Francia del oprobio
que por mas de seis lustros se ha vestido,
y hará ver que aun gimiendo voluntarios
un pueblo, una nacion, baxo el indigno
imperio de tiranos al momento
que existen castigados ó abatidos,
recobra el bello honor, los sentimientos
que hurtaron sus pasiones y delirios.
Libértame, redecan, tu apoyo sea
quien me vuelva á los reales de Wellington:

goce yo la venganza abrasadora
que hierve en lo interior del pecho mio:
si en el tuyo hay honor, si hermanos fueron
cuantos hombres enlaza su iman vivo,
si al monstruo que devora el universo
odias, cansado de sufrirle altivo,
si nombre y fama y bien andanza quieres,
únete á la existencia que respiro,
mútuos obremos.

LILLI.

Español complace
tu heroicidad, tu penetrante grito
de patriótico amor, al que reside
cada sol mas y mas reproducido
en mi fiel corazon, amor que nunca
el estrangero influxo ha seducido.
Víctima triste y miserable á un tiempo
fui arrancado del paterno asilo,
do tranquilos instantes disfrutaba,
y á seguir los pendones maldecidos
fui obligado del segundo Atila
que las teas conduce de esterminio:
desde aquel dia, desde aquel momento

cual nave en el océano estendido
que borrascosos vientos acometen,
sin esperanza de cercano alivio.
Tal mi suerte contínuo entre rencores
y desesperacion ha languecido.
Ahora que la suerte me prepara
una aurora y un dia tan cumplido,
que sondee tu alma, y que la he hallado
incapaz de traicion, ni de delitos,
¿dudas esta ocasion? eludiria
en que fortuna y bien andanza cifro?
Desde hoy soldado ardiente me declaro
baxo la enseña del feliz Wellington,
y lidiar me verán estas llanuras
contra el vil que serví que yo abomino.
Cual yo hay muchos en Francia partidarios
del triste Rey que mancilló el suplicio:
¡yo le ví! yo le ví sangriento. O! lejos
de este lugar, tal recitado amigo.
Hijos de Roma se apellidan otros,
jactándose de un nombre tan divino,
y al César corso innumerables Brutos
el cetro anhelan destrozar impío.
Te abrí mi alma, y pues obliga el caso,

malograrle sería confundirnos:
venda el disfraz á vigilantes ojos
la temeraria empresa y el designio.

SANCHEZ.

O mortal generoso! y cuán ilustre
sobre esa grey de esclavos oprimidos
que las duras cadenas arrastrando
vegetan en los climas del delito!....

LILLI.

Mis compatriotas cual los tuyos fueron:
al corso infectador dieron oidos,
á las voces de paz felicidades,
total reforma del abuso antiguo,
independencia, y todo cuanto puede
alucinar los hombres reunidos
en sociedad que patria apellidaron.
El honrado holandés creyó cumplido
el reyno de su bien, abrió los puertos
é introduxo la sierpe en sus dominios.
Las ojeadas de ambicion henchidas
tendió el usurpador so el pais sencillo,
y proscripcion y muerte fulminando,

quien la argolla evitó, lloró el suplicio.

SANCHEZ.

El vulgo humilde que ignorante llaman
cuando se presentó Murat iníquo,
fingiendo acometer á Lusitania
aventajó al político engreido,
y á los que en torno del monarca imbécil
cavaban el funesto precipicio
esa turba de viles que seis lustros
deificó al perverso favorito:
ese torpe Godoy, á quien rindieron
lisonja, adulacion, respeto indigno
de aquellos españoles que otros dias
eran de la virtud modelo vivo.

LILLI.

Hijos de la baxeza y del oprobio
ellos abrieron el letal camino
por do entró el luto, asolacion y ruina
á tu pais infeliz.

SANCHEZ.

Salvador mio.
Jamás del cuello el español lanzára

el ponderoso yugo aborrecido
á no haber de esa plebe envilecida
campeones magnánimos salido.
Villacampa, Martin, Mina valientes:
aun hay patria, clamaron, y el sonido
de la guerrera trompa dar hicieron
del Segre al Guadalete florecido.

LILLI.

Y ¿por que no te cuentas el primero
entre esos españoles distinguidos?
¿Hay algun casco de dragon dorado,
peto alguno de aquesos tan temidos
coraceros que no rompa tu espada,
tu hercúleo brazo en los marciales sitios?
Estremadura atónita celebra
la gloria de tus choques repetidos.

SANCHEZ.

No hay un palmo de tierra en las Castillas
que no esté roxo, y en la sangre tinto
de los franceses que inmoló mi espada
á la venganza de mi Rey cautivo.
Pero hoy estas hazañas sepultadas

fueran sin tu nobleza y tus auxilios.

LILLI.

No es nobleza, es deber, y tú lo hicieras
si trocado en Marmont fuese Wellington.
No los bellos instantes malogremos
de nuestra empresa al logro dirigidos.
Ya me parece que las guardias tornan
Mira ácia adentro, demostrando agitacion.
de releevar, y el denso bosquecillo,
por do nuestra evasion será mas fácil,
queda fiado á un centinela: amigo
dilatar es frustrar: pronto.... volemos.

SANCHEZ.

Mas veloz que el relámpago te sigo.

LILLI.

Ya á la suerte me entrego: ella es mi númen,
cual mi Dios obrará, y si decido
fué por su labio que Lillí no acierte,
resignado Lillí verá el suplicio.

SANCHEZ.

Y al frente de mis húsares terribles
verán estos contornos salmantinos,
el Lord, España, Europa, el mundo todo
cual es de Sanchez el corage y brio.
Y que en obsequio de mi triste patria
que circundada de contrarios miro,
sé vencer ó morir, y nunca, nunca
volver la espalda al bárbaro enemigo.
Oxala que en el centro de las lides
yo llegase á encontrar al corso impío,
al vil Emperador: no, ni sus guardias,
ni sus soldados, ni el infierno mismo
de mi terrible acero le libráran,
y empapada la sed del odio mio,
su cuerpo una y mil veces traspasando
en la ferviente arena y los castillos
del pendon leonés al aire dando,
delirante en placer y regocijo,
libertad, españoles, clamaria,
el mundo es libre, ya murió el iníquo.

Vase abrazado con Lilli.

ESCENA V.

Bosque largo. El teatro ofrecerá la perspectiva de un ancho campo: á la izquierda de aquel habrá una batería en una eminencia, y allí la tropa francesa formada, alargándose hasta la mitad del centro. Marmont, Bonnet y Vauvan.

MARMONT.

Soldados, este dia nos presenta
una gloria, un honor, un distintivo,
rara vez concedidos por el hado
del crudo Marte á los valientes hijos.
El Tormes hoy humilde que antes fuera
mas nombre y fama logrará que el Nilo
y el águila invencible y triunfadora
para brillar no halló mas bello sitio.
Riquezas, premios, fruiciones, todo
cuanto es efecto del vencer invicto
seguirá vuestras huellas arrollando
los gruesos batallones enemigos.
No son débiles, no indisciplinados,

ni en agrupadas masas ofrecidos:
son veteranos, aguerridos fieros,
y en el hundoso Támesis nacidos:
Ciudad-Rodrigo y Badajoz; cayeron
Salamanca tambien, Massena mismo,
que hijo de la victoria apellidára
Europa estremecida, fué batido,
y ruborosamente el Vidasoa
los prófugos miró del claro Miño.
Empero ya, soldados, cuán gozoso
el entusiasmo en vuestro rostro escrito
nota Marmont, Marmont.... el compañero,
el camarada y el eterno amigo
y participador de vuestras cuitas,
hambres, fatigas, riesgos y peligros,
término de ellos y gozar eterno
solo á vuestro valor es concedido,
y si en las filas respirase alguno
tan cobarde y tan vil que el hondo olvido;]
la fuga torpe, y aun la muerte estime
antes que combatir, y al patrio nido
volver felice, salga, yo le juro
por el nombre inmortal del dueño mio
logre gozar esa oprobiosa calma,

de todo buen francés objeto indigno.
Respondedme.

VAUVAN.

Vauvan dará el exemplo,
sí, camaradas, el valiente grito
Él y soldados.
Viva el Emperador: muerte ó victoria.

MARMONT.

Mísera España! El yugo aborrecido
que so tu cuello vacilaba, ahora
esclava á tu pesar, vesle ya fixo:
no esperaba yo menos de vosotros:
advierto en derredor de estos recintos
mil y mil tumbas fúnebres cavadas
para baldon de nuestros enemigos,
no exîsten mas allá: Freidlan y Jena
cede el influxo al campo salmantino
la victoria...

ESCENA VI.

Los mismos y un oficial.

OFICIAL.

Señor llegó el momento
por los valientes tan apetecido;
las combinadas haces temerarias
marchando vienen. Sus piquetes mismos
chocan ya con los nuestros, y engruesados,
mútuamente juzgára ser preciso
un brazo tutelar. El gefe hispano
que embaxador de los ingleses vino,
con el traidor Lilli, astutamente
con ayuda del oro se han huido,
y la suerte que al vil se ofrece blanda,
y favorece al crímen fementido,
á los dos preservó de nuestro alcance.
No retardeis el suspirado auxilio:
vuestro esfuerzo, señor, vuestra presencia
á los mezclados héroes, ya distintos
los ecos del clarin...

Suenan dentro caxas y clarines.

MARMONT.

Gozo soldados:
ellos nos vienen á embestir, creidos
nos podrán sorprender: ¡cuan jubiloso
yo me transporto á los futuros siglos
en imaginacion! los Arapiles
forman de Iberia el quinto señorío.
Bonnet mandará el centro, la derecha
Cafarel: para mí la izquierda elijo:
tres mil infantes y ochocientas lanzas
tendrá Vauvan para en cualquier conflicto,
ó adonde fuere necesario imponga
con aquesta reserva de escógidos.
Cien mil pesetas al valiente ofrezco
que corte la cabeza de Wellington;
cincuenta mil por las de España y Sanchez.

Tres granaderos juntos salen de sus filas, y se vuelven á su formacion despues de decir los tres versos siguientes.

GRANADEROS.

Sin esperanza de esos incentivos,
únicamente del honor llevados,

los tres nos ofrecemos á cumplirlo.

BONNET.

Ved de hilera en hilera esos ardores
y generosidad ya repartidos:
no dexeis consumir tales ventajas,
tan rara intrepidez: el reprimirlos
sería fenecer.

MARMONT.

Os agradezco,
nobles soldados, ese heroico brio:
nunca os olvidaré. Ciega obediencia,
y ese valor impávido y temido
que distingue al francés, pondran el lauro
en nuestras manos: viva, viva, hijos,
Napoleon decid: solo este nombre
basta á ganar el verdadero olimpo.

Los soldados y Vauvan gritan:

Viva el Emperador: muerte ó victoria.

ESCENA VII.

Se dicen varias voces de evolucion militar, y la tropa marcha en formacion hasta que se oculta: por el lado opuesto al que salió principiará la escaramuza, y se dará la batalla con la mayor propiedad, mezclando á su realce el ruido de las trompetas y los tiros de artillería. Al fin de la lid, cuando todo ofrezca la derrota de los franceses, saldrá Marmont ensangrentado, rota la espada, y manifestando la desesperacion en sus convulsiones, y dirá furioso.

MARMONT.

Ilusos ¿donde huis precipitados?
¿A qué oculto lugar, ácia que asiento
conducís vuestra mísera existencia?
¿Imaginais salvaros con tal medio
y la muerte evitar? No, mas ligera
vuela en pos de los tímidos guerreros,
que los fuertes la alejan y escarnecen
impertérritos rostros oponiendo:
sin esperanza, herido, abandonado,
de ignominioso deshonor cubierto,

y víctima á caer entre las manos
de un enemigo vencedor soberbio.
Invocará Marmont un numen pio
que recoja sus últimos alientos.
Los núnenes del tártaro sombrío,
las negras furias del horrible averno
serán mis valedores, pues lo han sido
del vil Napoleon tan largo tiempo.
¡Napoleon! mil veces yo maldigo
tu hidrópica ambicion, tu sed de cetros,
tus inmorales máximas, y el arte
que el crímen brota, esclavizando el pueblo.
O, si pluguiese en semejante trance
al que gobierna el giro del sol bello
ponerte frente á mí, yo traspasára
embriagado en placer tu inícuo pecho,
y el roxo humor del corazon exhausto
por mis labios despues al raudo viento
le fiára esclamando: disipado
ese córsico germen sea luego.
La tierra estremecida lo suplica;
empero ya por mis helados miembros
el ósculo de muerte difundido
ya, ya oculta á mis ojos los objetos.

Solamente distingo allí el cadáver
del valiente Vauvan! Cuan grandes hechos
hizo antes de espirar! Héroe bien digno
de un otro galardon mas placentero.

Dentro.

Viva Wellington.

Salen unos granaderos con angarillas.

MARMONT *tirando el trozo de la espada.*

¡O! Fué mi remedio.
Los bárbaros se acercan, ellos vienen
á insultar el destino que severo
me confunde; y Marmont ¿lo sufriria?
¡Marmont de los ingleses prisionero,
y en España humillado! ¡Que ignominia!

Saca un puñal.

¡O vengador y fúlgido instrumento!
tú romperás cien veces mis entrañas
antes que sucumbir al estrangero...
Mas no soy acosado tan de cerca,
aun mis débiles fuerzas unir puedo,
y distinguir aunque en letal fatiga
las cimas de los altos Pirineos:
allí convocaré la Francia toda:

traeré gruesas legiones de refresco;
ataré España á mi triunfante carro,
y sanguinario, bárbaro en estremo
sobre sus ruinas brindaré á Mavorte
de Arapil la vergüenza resarciendo.

ESCENA VIII.

Un capitán francés herido con la espada desnuda.

CAPITAN.

O fortuna! ó dolor! Mis ojos miran
un atroz espectáculo sangriento
que de la tierra el oropel anuncia.
No hace aun un sol que al Mariscal contemplo
cual un coloso de poder cercado,
y errante ahora, y mísero le veo.
En el campo cual fuertes espirando
todos sus generales subalternos,
¿y á Verdier qué le resta? El desengaño:
al inglés entregarme prisionero,
y abjurar las banderas de un tirano
que halla placer en despoblar el suelo.

ESCENA IX.

El capitan y unos soldados ingleses.

SOLDADO.

Rendios.

CAPITAN.

Ya lo estoy, pero mi clase ..

OFICIAL.

El ladron y su gefe es uno mesmo.
Le empuja.
Andad, y no espereis de los ingleses
otro cuartel que el que se da al perverso,
Este es un coronel: amigos mios
Cogen un cadáver y lo llevan dentro.
en la zanja inmediata le arrojemos.
Yazga en ese lugar: sirva de pasto
las rapaces aves y á los cuervos:
xalá que en tal túmulo existiesen
uantos franceses tiene el universo.

ESCENA X.

Dentro.

Wellington viva, España é Inglaterra.

Al son de música militar se manifiesta Wellington á caballo, D. Julian Sanchez y Lilli: luego que la tropa haya formado un semicírculo, y que el espectador haya notado los prisioneros franceses, las banderas cogidas arrastrando, y algunos cañones: todo con el mayor aparato y magnificencia teatral.

ESCENA XI.

WELLINGTON, SANCHEZ, LILLI *y pueblo salamanquino.*

WELLINGTON.

Ya podeis respirar: esos inmensos
exércitos de vándalos feroces
que de pillage y mortandad sedientos
á la afligida Europa ensangrentaban
fueron, y el campo de Arapil y el Torme

lleno todo y henchido de hombres muertos,
el obelisco venturoso ostentan
de santa libertad al orbe entero.
Ingleses, españoles, portugueses,
¿que cosecha de lauros habeis hecho?
Al referirlos en la augusta Londres
llorará de placer Jorge tercero.
Guerra eterna y placer en sustentarla
contra el inícuo corso aventurero
juró su labio real, y ni la losa,
la fria losa estinguirá este afecto,
cuando allí baxe, y fulminar no pueda,
(disipado el espíritu del cuerpo)
los rayos de su enojo y tenaz ira,
á fuer de sombra se alzará tremendo,
y con roncos sonidos que asemeje
al pavoroso estrépito del trueno,
»ingleses, nos dirá, asolad la Francia,
»tal hecatombe saciará mi espectro.
»Jorge iría al sepulcro avergonzado
»si quince lustros de continuo duelo
»no hubiesen producido la ventaja,
»mi rival Buonaparte destruyendo:"
el sol se manifiesta mas brillante

que á lo ordinario en dia tan sereno.
Ya alzar puede la frente magestuosa
cual libre y noble el abatido ibero.
Las espantosas, lamentables horas,
de las miserias el enorme peso,
de hoy mas no afligirán vuestras ciudades,
por siempre del no ser al reyno huyeron.
Las tres naciones para siempre unidas
en nudo indisolube, amor fraterno
al audaz que turbarlas intentare
conocerá su gigantesco imperio:
los grandes pueblos de la vasta tierra
á los segundos capitolios nuestros
rendirán el humilde vasallage
que en otros dias al romano dieron.

SANCHEZ.

Tras las fátigas, belicosos choques,
darse al blando solaz es justo empeño:
señor los himnos, los alegres brindis
permitid regocijen al guerrero,
y del sudor las frentes empapadas
se alzen erguidas al brillante cielo.

WELLINGTON.

Del cielo en Guadarrama están mas cerca,
Sanchez: allá en sus cumbres brindaremos.
Perseguir, fatigar un enemigo
que huye sin direccion, roto y deshecho:
es segunda victoria, y es primera
obligacion de un general perfecto.
En tanto no se olvida mi memoria,
ni rehusa premiar el ardimiento
y brio del que mas se ha distinguido
en aquesta batalla. ¿Cual guerrero
fué el que hirió al Mariscal?

SANCHEZ.

Se ignora: á él solo
la rabia y el furor le dirigieron:
infatigable contendia en vano
por detener los miserables restos
escapados al brazo furibundo
de nuestros invencibles granaderos,
y viendo completada su derrota
huyó de las hileras por enmedio.

WELLINGTON.

Los tiranos que á fuerza de maldades
encadenaron el humano suelo
no deben esperar mejor destino
en tan crueles bárbaros proyectos.
Cuando vea frustrados Buonaparte
sus exêcrables y ávidos intentos;
cuando el helado norte y mediodia,
odio, venganza y cólera esparciendo,
é imitando al torrente en violencia
disipen sus falanges, el veneno
ó el agudo puñal será el recurso
que acompañe al tirano en tal momento.

SANCHEZ.

Lillí os felicita, y su bizarra
accion, á que deudor yo me confieso,
espero que reciba, como es justo,
la digna aprobacion por solo premio.

WELLINGTON.

Mi aficion, mi ternura, y un asilo
donde jamás penetre el triste acento
de los que su virtud envilecian

y escitaron el crímen, yo le ofrezco.

LILLI.

Wellington inmortal, ya te responde
mi eterna gratitud, mi único anheló
que creí sepultado, tú le cumples:
mi idolatrada esposa abrazar puedo;
y las comarcas recorrer que un dia
mi bien, mi gloria y mi delicia fueron.

Sale al frente un granadero español.

GRANADERO.

Y yo á las mias ¿volveré tan pobre
como de ellas salí? Mis hijos tiernos
llamarán á la puerta del hidalgo,
que solo sirve á la nacion de peso,
é insultados serán cual los esclavos!

WELLINGTON.

¿Que dice ese gallardo granadero?

SANCHEZ.

El generoso Wellington te escucha:
habla ¿que anhelas?

GRANADERO.

Yo mi justo premio:
lleno de cicatrices y de heridas,
un rostro que jamás conoció el miedo;
treinta años de servicios, diez batallas
en que serví á la patriá con fiel celo,
ni aun la triste ventaja me producen
de envejecer tranquilo y satisfecho.

SANCHEZ.

Para un buen español le satisface
la gloria de servir al patrio suelo.

WELLINGTON.

No filósofos son todos los hombres,
querido Sanchez, si lo fueran, cierto,
inútiles serían las coronas
de verde lauro y los escudos bellos.
Jamás hubiera sujetado Roma
regiones tantas y feroces pueblos
sin el influxo de la regia pompa,
los arcos y magníficos trofeos
que un victorioso General lograba.
El interés es móvil de todo hecho,

é Inglaterra debe sus riquezas,
su consideracion y alto respeto
á un gobierno que justo galardona
el mérito, el honor, virtud, talento
que en cualquier ciudadano se encontraren.
Tus cicatrices, noble granadero,
obtendrán recompensa: á tus hogares
puedes volver con el brillante sueldo
de un coronel; y cuando adultos sean
haz que sigan tus hijos este exemplo

GRANADERO.

Mil hijos yo, señor, sacrificára
por semejante General contento.

WELLINGTON.

Guerreros de Albion, el grito horrible
de esas falanges humilladas, ecos
repiten mil en las llanuras yermas
de la triste Madrid: los oye el pueblo,
y libertad y salvacion clamando
romper esperan los ancianos hierros:
allí reposa el voluptuoso intruso
que Rey de España se apellida necio:

el venerable alcázar de Fernando
retumba con sus lúbricos acentos:
él la víctima sea que primera
la cerviz rinda á nuestro fuerte acero;
tan vil como su hermano y mas cobarde
es de sus torpes planes instrumento.
A los fieles, leales habitantes
que en el centro de muerte y los tormentos
el patriótico fuego conservaron
no la dulce esperanza dilatemos:
jóvenes, niños, vírgenes, ancianos
ya, ya se agrupan en los anchos templos,
y junto al ara del Señor bendicen
la intrepidez británica y esfuerzo.
La china, esa bastilla abominable
al percibir nuestro marcial estruendo
caerá cual Jericó: de los leales
allí palpitan los sangrientos miembros
que á venganzas terribles os provocan
de sus verdugos bárbaros y fieros:
de un lugar tan odioso, los vestigios
de un padron de ignominia y cautiverio
á la infeliz Madrid deben borrarse
y hacer que los ignore el universo.

Ingleses á Madrid.

SANCHEZ.

Charras, amables
salamanquinos, celebrad el ledo,
el memorable y el felice dia
que liberta del yugo á vuestros nietos.

PAYA.

Nuestros rústicos cánticos, amigas,
en pos de los clarines principiemos.

Seis payas coronadas de flores cantan la letrilla siguiente al son de la música, y despues de la formacion y marcha de las tropas.

LETRILLAS.

CORO.

Al héroe cantemos
que venció en la lid
los fieros gigantes
del Sena y del Rin.

A 1. De flores que brotan
aquestas riberas
hagamos guirnaldas,
ciñamos con ellas

las frentes gloriosas
que en las anchas vegas
del Tormes la patria
su poder libertan.

CORO.

Al héroe cantemos &c.

A 1. Ya puede en el centro
de calladas selvas
cantar sus amores
la pastora bella;
sin vagar errante
por villas agenas:
las amargas horas
desde ahora ya cesan.

CORO.

Al héroe cantemos &c.

A solo. Honor á Wellington,
honor á Inglaterra
de la triste España
protectora tierna;
y á Jorge tercero,
cuya real firmeza
juró al corso horrible
el odio y la guerra.

CORO.

Al héroe cantemos &c.

A 1. El Tormes que humilde
en su orilla fresca
solo de amadores
escuchó querellas:
ínclito famoso
y grande descuella
por los Arapiles
sobre el Tajo y Elba.

Al héroe cantemos &c.

Segundo género de letrillas que se cantaron en los dias siguientes.

Cuando Marmont vino á España
cabalgaba en ricas sillas,
y cuando se volvió á Francia
se fué en unas angarillas.
Y esto es tan verdad
como la pasion;
le dió el pasaporte
el Lord Wellington:
Viva la nacion.

¿Que has hecho de las legiones
que yo fié á tu valor?
preguntará Buonaparte
cuando distinga á Marmont.
Y él responderá:
todas, gran señor,
las ha vendimiado

el Lord Wellington.
Viva el español.

Las águilas invencibles
del corso Napoleon
en gallinas las convierte
el inmortal Wellington.
En los Arapiles
así sucedió,
donde fué batido
el fiero Marmont.
Viva la nacion.

Wellington en Arapiles
á Marmont y sus parciales
para almorzar los dispuso
un gran pisto de tomates;
Y tanto les dió
que les fastidió,
y á contarlo fueron
á Napoleon.
Viva Wellington.

Llora tanto el rey de Roma
de su tio Pepe el desastre
que para acallarle tienen
de este modo que arrullarle.
A la ro, ro, ro,
de mi amor garson
que vienen Mina y Sanchez
y el Lord Wellington.
Viva la nacion.

Cuando vió á Marmont su esposa
que iba herido de un balazo
le preguntó compungida
¿te falta algo mas que el brazo?
Y él la respondió
no querida no,
y esto se lo debo
al Lord Wellington.
Viva el español.

El leon de España duerme,
dixo entre sí Buonaparte,
y á que le hicieran cosquillas
envió á sus generales.
Despertó el leon,
y se esperezó,
y abriendo la boca
se tragó á Marmont.
Viva Wellington.

Cuando la accion de Arapiles,
Rey, ministros y edecanes
lo que en seis meses comieron
vomitan en un instante.
Pepe se afufó,
su corte se huyó,
á contarlo fueron
á Napoleon.
Viva la nacion.

Cuando la accion de Arapiles
los valientes fanfarrones,
arrojaron las mochilas
y llamaron á talones.
Cobarde Marmont
di ¿quien te metió
á aguardar á un hombre
como Wellington?
Viva el español.

UN DE VIVOS.

O DE TRASTAMARA, DIGNIDAD Y CANONIGO
postólico general de la Santa Cruzada &c. &c. &c.

Nacion es imposible que se execute la impresion de
ha hecho en los años anteriores; y deseando que los
muchas y apreciables gracias espirituales y tempo-
ado, en uso de nuestras facultades Apostólicas, que
gar del Sumario comun de Vivos (donde no le ha-
que anualmente se distribuia á los fieles. Por tan-
contribuisteis con la limosna de tres reales
le las mismas gracias espirituales y temporales que
drid primero de Mayo de mil ochocientos nueve.

P
atricio Muñz de Bustos